LA PSICOLOGÍA INTELECTUAL DE MENÉNDEZ PELAYO

Conferencia del Ilustrísimo Señor Don Eduardo Capestany, escritor cubano, correspondiente al día 12 de diciembre de 1956.

Excmos. e Ilmos. señores; señoras y señores:

No queremos que nuestra voz se pierda en el tumultuoso coro del Centenario, pues ambicionamos eco propio y definido por eso mismo que nuestra voz sale de Latino-América y con tanto cariño para enjuiciar a un hombre universal, del que los españoles se debían sentir orgullosos.

Ambicionamos eco propio y definido por eso mismo que nuestra voz llegará a Europa con el eco propio de lo extranjero, envuelta tal vez con las melodías de lo exótico. Ambicionamos además eco propio y definido por eso mismo que nuestra voz es hija y fruto de un cariño de años, pues es de saber que yo no tuve que leer a Don Marcelino a *la fuerza,* porque tuviese que escribir una crítica sobre él, sino que una vez que con voracidad había saboreado todas sus páginas, concebí la idea de consagrarle algo a su centenario y procurar salir digno heraldo de sus glorias.

Dicen que el ensayo es un libro con complejo de inferioridad, pero a pesar de eso veréis que éste no tiene complejo de timidez.

Al querer formular mi opinión sobre Menéndez Pelayo me pareció casi imprescindible hacer unas advertencias previas, que espero serán de utilidad.

Es mi intención decir algo de provecho sobre *la psicología intelectual de Don Marcelino*. Pero no os asustéis creyendo veros ante un ensayo de técnica psicológica, piedra de toque de las voluntades de diamante. Diré simplemente lo que el sentido común piensa sobre la idiosincrasia o manera intelectual de ser de Don Marcelino. Mi única pretensión es lograr la etopeya intelectual de este hombre. Etopeya es la descripción del carácter, acciones y costumbres de una persona. Pues bien, nos limitaremos aquí a su parte intelectual.

Yo creo que lo mejor para juzgar a Menéndez Pelayo es usar y seguir al hacerlo, la misma pauta que él usó y siguió al juzgar a los demás. Reducida a su mínima expresión podemos decir que tal manera consistía en un contacto íntimo con las obras, guiado siempre en su juicio por principios determinados y firmes.

Supuesta la lectura de la obra, creemos que debemos seguir una tesis que cuidaremos de comprobar.

Nuestra tesis es la siguiente: Luego de estudiar las *posiciones* tomadas por Don Marcelino *al aparecer en su tiempo*, quitando en éstas lo accesorio hasta dar con su *genuina vocación*, pasamos al período de *gestación* de su personalidad hasta que Don Marcelino logra orientarse. Su vocación la estudiamos analizando su temperamento de orador por escrito, su talento más intuitivo que reflejo, su clasicismo de educación, criterio y profesión en oposición a romántico. Consecuencia que se desprende de esto es que nació más para comprender que para crear; más para sintético que para analítico, pero nació en mala época, y por no haber monografías previas, el gran sintético se tuvo que hacer el gran erudito y analítico. Se desdobló su personalidad. Nace además cuando está en comienzos la metodología rigurosa moderna, y su ciencia se deprecia externamente con alguna rapidez, máxime en sus obras juveniles.

Estudiamos luego sus obras según el método que indicaremos. Primero: Usando argumentos de *tipo psicológico*, basados en datos positivos de la personalidad intelectual de Don Marcelino. Valga como ejemplo lo logrado por Franco Merega-

lli al escribir sobre las *Ideas Estéticas*. Segundo: Fijándonos en los *aciertos críticos*, pues ya se acabó el tiempo de saber lo que dijo Don Marcelino; lo que importa es saber si a fin de cuentas lo dijo bien. Ejemplar en este aspecto es el estudio de Pereyra sobre la *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, de Menéndez Pelayo. Tercero: Usando el *método histórico;* estudio de cada obra en su época y ambiente. Así lo logró el P. Iriarte al estudiar las polémicas filosóficas de la obra de Don Marcelino llamada *La Ciencia Española*. Cuarto: Insistiendo convenientemente en su *ideario*. Ejemplo magnífico el logrado por el profesor Olguín con el ideario estético y crítico de Don Marcelino. Quinto: Evitando "*escollos*". Sobre todo el escollo principal que consiste en imponer un esquema mental previamente concebido. Yo creo que éste es el aspecto negativo de la magnífica obra de Laín Entralgo.

Otro de los escollos a evitar es el aunarse con los enemigos de careta o disfrazados de amigos de Don Marcelino. Son los enemigos "sub angelo lucis". Son aquellos que dotados de cierto romanticismo del pasado, prefieren que Don Marcelino siga enterrado en el olvido hasta que llegue una época lejana de gloriosa y sonada vindicación. Como si dijeran: "Don Marcelino ha envejecido, pero dejémosle envejecer más para dar luego a su exhumación un efectismo notable". Éstos parecen complacerse en la actitud de Jesucristo ante el cadáver hediondo de Lázaro, a quien convino dejar cuatro días en el sepulcro para dar luego más efectismo y eco a la llamada: "Lázaro, ven afuera". Todo esto parecerá muy poético, pero todavía nadie me ha probado que Don Marcelino merezca enterrarse entre los intencionados escombros que le echaron los del 98, como si careciese de actualidad ante los problemas actuales de España o de la literatura y estética universales.

Otro escollo a evitar es simplemente "óptico". Como es el caso de que Don Marcelino es un gigante o coloso; no hay más remedio que verlo a conveniente distancia. De no hacerse así suceden dos cosas contrarias: Primera, el que se vea más grande de lo que es si se le ve demasiado cerca por usar cristales de color rosa o de aumento. Es el Don Marcelino de la

leyenda blanca, de los derechistas extremos, de los que se encaraman continuamente en el globo del ditirambo. Si creemos que los del 98 y sus epígonos miran a Don Marcelino con carga afectiva, nosotros no caigamos en el mismo error.

Segunda: el que se vea más pequeño de lo que es, o que no se vea, o que se vea como se ve la estatua de la Libertad en días de mucha neblina. Este es el Don Marcelino visto con lentes ahumados. El Don Marcelino de la leyenda negra.

Por lo tanto, lo importante, es verlo a distancia pero sin cristales. Con la frialdad con que se contempla una verdad lógica y sus consecuencias o como pieza fundamental de un inmenso engranaje. Lo importante es no "exagerar" ni en pro ni en contra, lo cual reviste en el caso de Don Marcelino una dificultad especial, pues él aparece en época de polémica (que equivale a exageración) y además aparece en época de transición. Como perteneciente a la polémica, no nos queda más remedio que podar sin conmiseración los brotes exagerados en ambas partes. Como perteneciente a época de transición, no nos queda más remedio que verlo desde dos mundos; del que vivió y del que vivimos. Del que vivió, por ser más lejano, implica un viaje al pasado para zambullirnos en la "salsa" de su época.

Todo el que corre una aventura hacia lo desconocido tiene la doble emoción de buscar y de encontrar. Buscar es tropezar con el enigma. Encontrar es descifrarlo.

Nuestro enigma es la psicología intelectual de Don Marcelino y lo descifraremos a partir de sus obras con los métodos indicados y evitando los escollos referidos.

Insistimos en que el conocimiento fundamental es el de sus obras. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.* Por sus frutos los conoceréis. Es que no hay en Don Marcelino cosa que no se explique por sus obras.

No hay tampoco accidentes extraños pegados feamente a su figura. Todo lo contrario, se adaptan perfectamente a una unidad armónica y orgánica. Son piezas que engranan perfectamente en el conjunto grandioso de su genio. Todas sus manifestaciones son como accidentes emanados por una misma

sustancia o como operaciones de una misma naturaleza. Todas brotan con la naturalidad con que la flor exhala su perfume.

Si todo emana de un centro, lo importante es dar con el núcleo radioactivo explicatorio, pues conviene repetir hasta la saciedad que la aparición de un hecho extraordinario siempre reclama su causa eficiente proporcionada y por lo tanto es poca cordura el tratarlo de explicar "apriorísticamente". Algo semejante a lo que hicieron algunos, queriendo explicarse a Santa Teresa a fuerza de desarreglos psíquicos, sucede con los que quieren explicarse de esta manera, o con otras anormalidades, lo que la razón y la experiencia dictan que sólo produce la santidad o el genio.

Por lo tanto, nuestro método será indagar la causa por los efectos, pues es muy absurdo el querer circunscribir los vastos dominios de la realidad a las coordenadas de un sistema estrecho. Siempre la realidad excedió al pensar humano, y los sabios del siglo de las luces, con su apriorismo ingenuo y kantiano, excluyeron un mundo suprasensible y ultraterreno por no ceder a un esquematismo intelectual, hijo legítimo de un soberbio racionalismo, que se atrevió a formular la ecuación de la realidad con una mente fraguada por ellos a su gusto. Aunque hoy día los prejuicios no son tan crudamente racionalistas, y por lo mismo menos definibles, sí es cierto que todos ellos comulgan en una nota genérica a pesar de la gama sutil de sus manifestaciones. Todos los errores modernos son verrugas de un mismo demonio que se llama subjetivismo. Y todo, por soberbia intelectual, por no quererse ajustar a la realidad, despreciando olímpicamente el añejo refrán escolástico de Santo Tomás de Aquino, que definió la verdad como "la conformidad del entendimiento con la cosa".

Por lo tanto, lo repetimos, se impone el examen de la realidad por el análisis consciente de las Obras de Don Marcelino. En este sentido el historiador tiene que ser "mártir de su obra". Tenemos en cambio la ventaja de que nos encontramos ante un caso de psicología en cierto sentido poco complicada. Decimos en cierto sentido, porque su simplicidad resulta a veces más difícil de razonar que su complejidad. Cono-

cido es el caso que nos refiere Chesterton, de aquel lector que abrió a Santo Tomás por allí por donde explicaba la simplicidad de Dios, y al no poder seguir los vuelos del Doctor Angélico, exclamó disgustado: "Pues si ésta es la simplicidad no sé qué será la complejidad". Pero lo que queremos decir es que si nuestro personaje fuese por ejemplo un Newman, para seguir o trazar las coordenadas de su mapa intelectual, necesitaríamos ser tan sutiles psicólogos como él y nuestra vista seguiría de hito en hito las filigranas de su espiritualidad. En cambio, el genio de Menéndez Pelayo se invierte en la exposición de ideas ajenas como la luz de un poderoso reflector de cine, que sólo incide y es efectiva en la proyección de las diminutas siluetas del celuloide. Por otra parte, la tramoya de su vida es sencillísima y monótona y fluctúa, por decirlo así, entre dos ciudades: Santander y Madrid.

Para concluir, advertiremos que prescindiremos en nuestro trabajo de la alegación de las citas, así como también de verificar algún documento incluído, pues en realidad ello no aportaría sino un valor relativamente pequeño junto a nuestra aspiración fundamental, que no es otra que dar una idea sintética y cabal de la psicología intelectual de Don Marcelino, lo cual únicamente se logra con la comprensión total, que se entorpecería con la alegación continua de citas o documentos. Pretendemos, en cierto sentido, ser introducción a la lectura de sus obras aunque nuestro trabajo, por no ser para aficionados, suponga su lectura. Si suponemos su lectura y preparamos su lectura, es que aspiramos a una perfecta correlación, siendo flujo y reflujo de sus obras.

Aparición de Menéndez Pelayo en su tiempo.

Yo opino que cuando Don Marcelino apareció en su tiempo, los españoles se habían olvidado de un pecado famoso en la historia sagrada: Cuando la mujer de Lot quedó convertida en estatua de sal por mirar para atrás. El Marcelino imberbe no conoció de moda ese pecado de mirar para el pasado, pues

entonces nadie se fijaba en el pasado de España, si no era para buscar un nuevo tipo de soldadura autógena, para cerrar con siete sellos el sepulcro de Cid de una manera hermética. Todas las miradas convergían en Europa y esto tan sólo por ser exótica.

Explicación psicológica: Oigamos a Horacio: "Cui placet alterius, sui nimirum est odio sors": Quien saborea la suerte de otro aborrece la suya. Como generalmente sucede que el infiel a su mujer es por haber puesto los ojos en otra.

Consequencias de ello: Que por mirar a Francia primero, y después a Alemania, se despreció el pasado de España con su filosofía y su ciencia. España cargó con el sambenito de todos como la gran culpable, siendo así que la culpa estaba en los acusadores.

La culpa, en los acusadores: ¿Por qué? Oigamos de nuevo a Horacio con su refrán: "Stultus uterque locum immeritum causatur inique - in culpa est animus qui se non effugit unquam". Tan tonto el uno como el otro echan la culpa al lugar siendo así que la culpa está en uno mismo que no cambia con los lugares.

¿Qué hace entonces Don Marcelino?: Sale a defender a España olvidada, pero corre la misma suerte que su causa. También Don Marcelino fué olvidado. Lo prueba el hecho de que siendo un contemporáneo nuestro esté esperando como quien dice, un exhumador de entre los intencionados escombros del 98. "Exoriare aliquis de nostris ossibus ultor". Ojalá surgiese algún vindicador de mis huesos. Así pudo rezar su epitafio quizá con más sentido de quien lo escribió para su tumba.

Pero conviene advertir que Don Marcelino no se retiró él. Lo retiraron. Mejor dicho: se retiraron de él. Como se retiran los jóvenes del confesonario al empezar su pubertad, pues saben que allí se les recuerda el canon de vida a seguir. Por eso la obra de Don Marcelino se vuelve un perpetuo monólogo, un terribe solo a España y sus detractores.

¿Por qué se retiraron de él? La raíz de todo estriba en que, según ellos,Don Marcelino se asqueó de su tiempo, y evadido nostálgicamente de él, plantó su tienda en el siglo XVI y se enamoró perdidamente de Vives y del Renacimiento. Fué para ellos un cobarde, que esquivó el encontronazo con la realidad del problema de España y no supo plantear su solución en "sesudos ensayos", sino que se dedicó a la anacrónica tarea de desenterrar osamentas. Su entendimiento antena, dicen ellos, pudo ser el detector de las ondas europeas, pero se amedrentó.

¿Fué un cobarde Don Marcelino? Conviene advertir que Don Marcelino no escogió la posición en el combate sino que le fué impuesta. Si negaban la historia y la filosofía de España, don Marcelino la afirmaba. Si buscaban la solución al problema de España, Don Marcelino lo decía de una manera positiva, al opinar que al romperse la unidad española fraguada en el yunque del siglo de oro, la verdad histórica se sustituye por el error hasta llegar al caos de siglo XIX. Por lo tanto, referirse al siglo XVI español, era posición forzada de polémica. Por lo tanto, si Don Marcelino sabía historia y además era valiente, no debió morderse la lengua. No rehusó la pelea y además supo usar los guantes.

¿Por qué supo usar los guantes? Así como el que busca broncas por entretenerse y se topa inadvertidamente con un boxeador curtido, que sabe hacer uso de su maña y fortaleza, no de otra manera les sucedió a los españoles de entonces, que negaban a España y a su historia filosófica y científica todo valor, pues se encontraron con alguien, que sabía afirmar rotundamente y con valor y conocimiento lo que se negaba.

Se toparon en la polémica con un entendido en la materia. De no ser así, Don Marcelino hubiese seguido una pauta tranquila en su biblioteca de Santander, retirado del mundo, como Cincinato en su granja.

De todo lo cual hay que sacar una conclusión que dejó hace años plasmada en verso el adagio latino:

"distingue tempora et concordabis iura."

Si distingues los tiempos pondrás de acuerdo los derechos.

PERÍODO DE GESTACIÓN.

Para proceder con claridad y orden en nuestro trabajo, dividiremos el período de gestación en varios apartados:

Clásicos. Profesores. Viajes. Amor. Poesía. Filosofía. Polémicas. Política. Historia. Crítica literaria.

El ancla de la gestación es la cátedra que logra de la literatura española, que le da estabilidad definitiva en la marejada de su juventud.

El por qué de la importancia de la gestación.

Precisamente, la mejor virtud de la obra de Maurois, *Disraeli,* estriba, por graciosa paradoja, en el defecto que más le han tildado. Se le acusa de detenerse demasiado en ver subir a su héroe hasta la cima de la resbaladiza cucaña, y una vez allí, es decir, ministro preferido de la Reina Victoria, cierra su biografía, haciendo, por decirlo así, caso omiso de su brillante actuación en este culminante momento. Si hemos de atenernos a este juicio, las películas de amoríos deberían comenzar por la boda.

Síntomas de gestación.

Los que por vez primera conocen a Don Marcelino sufren desconcierto ante los brotes del embrión del genio. Miramos al niño puestos los ojos en el crítico futuro y por otro lado parece que nos hiere tanta precocidad, que nos parece imposible:

1) Multiapetencia de su volcánica juventud. 2) Estro poético anacrónico. 3) Fronda romántica de su estilo. 4) Mucha sujeción a maestros y tutores. 5) Multitud de proyectos y actividades. 6) Inclinaciones meramente eruditas, bibliomanía. 7) Afirmaciones precríticas, que parecen al margen de su gran talento y contrastan lastimosamente con el derroche de crítica de otras ocasiones. Son como sombras no proyectadas por el reflector de su genio. 8) Juicios hiperbólicos a contemporáneos. 9) Pragmatismo en la historia. 10) Atención

desmedida al territorio natal. 11) Atención desmedida a pormenores de erudito. 12) Exceso de crítica negativa. 13) Latinismo exclusivo. Germanofobia. 14) Renacentista extraviado en el siglo décimonono.

Haciendo como una balconada en el paisaje tropical de su juventud, podemos notar lo siguiente:

Primero. "Caso raro que llama la atención". Por eso sus detractores buscan un resorte explicatorio de tanta maravilla en su "memoria" —facultad inferior— que fuese como lámpara de Aladino de sus triunfos.

Segundo. La educación clásica madura su cerebro hasta con exclusivismo en sus gustos juveniles y en sus concepciones históricas, pues el "Weltanschauung" de Don Marcelino estriba en la raza latina, trasmisora de la civilización griega, identificada luego con el cristianismo que vence o polemiza con el bárbaro del Norte, y encuentra en España su mejor amazona y brazo de guerra contra el espíritu germánico protestante del Renacimiento. España es latina y no celtibérica y Don Marcelino se gloría de no tener nada de teutón en sus venas. Concepción que revela a un afectivo ideólogo, enamorado con pasión de lo clásico.

Tercero. A pesar de su educación clásica, su arte pagano no está en desacuerdo con su cristianismo, cual lo revela la luminosa distinción que hace en las *Ideas Estéticas* entre el arte pagano y el cristiano, distinción que ya había notado el propio Don Marcelino en las polémicas de la *Ciencia Española*.

Cuarto. Los maestros se destacan con marcado relieve en la gestación intelectual de Don Marcelino. Son como "catalizadores" de su genio. Primero, Ganuza lo inicia en el Latinismo. Milá lo encarrila en la corriente científica de Barcelona y viene a ser como su padre intelectual. Algo parecido se puede decir de Lloréns. Laverde luego lo saca al mundo científico. Valera al mundo madrileño y al espíritu renacentista moderno.

Quinto. La diferencia entre el Marcelino joven y el maduro, es cuestión de énfasis. Marcelino maduro es un Marcelino enfriado del tono candente de su juventud. Propiamente no sufrió crisis en su juventud, sino que enfrió el tono. Las ideas

son distintas sólo por el tono de voz con que las emite. La misma voz pero distinto timbre. El mismo líquido con distinta temperatura. Por eso en su ideología no hay cronología. Y aun más: Esas afirmaciones discutibles de Don Marcelino, esas, nacidas de estados pasajeros de ánimo, serán a pesar de eso, lastre continuo en su navegación ulterior.

Sexto. Esa apetencia múltiple de su juventud no es otra cosa que el temblor que le entra a la aguja imantada hasta lograr su polo magnético. En Don Marcelino fué la belleza artística.

En cuanto a los clásicos conviene advertir que Don Marcelino vió su ideal de cultura y su tipo soñado de hombre en el Renacimiento. Él quería ser una especie de Goethe cristiano, una especie de Fray Luis de León, un Cervantes, un Valera.

Los clásicos fueron su nodriza intelectual. Su bautismo intelectual. Claro que el clasicismo optimista de la época que creía a pie juntillas en la Trilogía de Edipo. Clasicismo exclusivo, demasiado horaciano.

La Grecia en gracia de Dios, formulación feliz de su humanismo cristiano: Instaurare omnia in Christo, pero con una base latina de formación.

Fué en Santander donde fraguó el primer fondo de su educación al contacto con los clásicos bajo la dirección de Ganuza.

Laverde le da luego el espaldarazo y lo consagra caballero andante de la ciencia española. Laverde le adelantó el reloj. Lo sacó del nido aunque Marcelino se sintió águila desde el primer momento. Sin embargo en los primeros tanteos de Don Marcelino se nota una subordinación menos genial a los planes de Laverde, aunque Marcelino los aumenta con la levadura de su genio.

Laverde influye en ciertas infantilidades, en ciertos prejuicios críticos, en cierta tendencia a los "ismos" en la historia de la filosofía española, en el gusto por la monografía independiente del conjunto y por las monografías yuxtapuestas a las que Don Marcelino deberá dar luego una forzada unión orgánica, en las cataratas de nombres y de libros como formidable

ametralladora para acoquinar al adversario no con calidad sino con cantidad, sin la crítica concomitante necesaria. En general Laverde trasmite a su discípulo cierto tono indefinible de "profesor de provincia", no de capital.

Milá fué uno de los que contribuyó a encarrilarlo en la corrientte científica tradicional de la escuela Barcelonesa, le trasmitió gran parte de sus principios estéticos, le infundió amor a la Edad Media, de que estaba tan necesitado su espíritu tan crudamente renacentista. Pero sobre todo, lo introdujo en los severos métodos de la investigación y le inspiró su vocación de historiador de la Estética. Vocación ésta que nació algo coaccionada, sobre todo por las insistencias posteriores de Valera. Por eso tal vez esta obra es un esfuerzo ciclópeo inconcluso.

Para que se vea lo que fué Milá en Don Marcelino, baste decir que tal vez la obra en miniatura más acabada que salió de la pluma de Menéndez y Pelayo fué la semblanza que trazó de Milá, escrita en 1908, en donde encarece sus méritos como provenzalista, filólogo catalán, folklorista, artista e historiador literario de la Edad Media.

Milá es el desbrozador de un camino glorioso por el que transitará boyante Don Marcelino y en pos de cual aparecerá Menéndez Pidal. Ya se siente la necesidad de un valiente que trace el ámbito y huella de un centenario de tres sabios en cadena semejante a la que une al precursor con San Pablo pasando por Jesucristo.

En cuanto a Valera. ¿qué veía Don Marcelino en él, que tanto le atraía desde su juventud? Una naturaleza exquisita, que todo lo sacrificaba al buen gusto, un hombre amante de lo discreto, lo distinguido, lo ingenioso. Tal vez hasta algo de ese optimismo cegatón que le hacía creer que este mundo no era un valle de lágrimas. Claro que Don Marcelino no compartía con él todas las apreciaciones ni tampoco aquel irónico escepticismo que aprendiera Valera en Voltaire. Sólo lo amaba porque intuía en él a un espíritu del Renacimiento, ni más ni menos que aquel que residía en el alma de Cervantes. Sin em-

bargo, siempre he pensado que Valera no dejó de hacerle su poquito de daño moral a su protegido.

En cuanto a sus viajes por Portugal, Italia, Francia, los Países Bajos, es de advertir que se suceden no como escalas de turismo dilettanti, sino como verdaderas palestras de trabajo.

En cuanto a sus amores juveniles, nótese que la musa de sus versos, no es platónica ni fingida, y su epistolario inédito de Santander, encierra secretos de decepciones amorosas, que repercutieron dolorosamente en el alma de Don Marcelino. Fué un corazón susceptible al amor femenino. Pero a fin de cuentas su Dulcinea fué la ciencia española, él fué su caballero andante y por ella sacrificó otros amores.

La política es episodio demasiado fugaz en su juventud y más bien fué por coacción de los derechistas, que quisieron aprovecharse de sus idearios históricos para convertirlos en breviarios políticos.

A sus poesías y a su filosofía nos referiremos con detención y en cuanto a sus obras de más envergadura de esta época de su juventud, las trataremos con la extensión que cada una se merece.

El ganar estrepitosamente la cátedra a los 22 años, es fecha crucial en su vida y como ancla en la marejada de su juventud y jalón de arranque de su madurez intelectual.

Cuál era la vocación de Menéndez Pelayo.

Decíamos en la introducción: "luego de estudiar las posiciones tomadas por Don Marcelino al aparecer en su tiempo, quitando en éstas lo accesorio por dar con su genuina vocación, paso al período de gestación, hasta que logra orientarse. Su vocación la estudiamos analizando su temperamento de orador por escrito, su talento más intuitivo que reflejo, su clasicismo de educación y de profesión en oposición a romántico. Consecuencia que se desprende de ello es que nació más para comprender que para crear, más para sintético que para analítico, pero nació en mala época y por no haber monografías

previas, el gran sintético se tuvo que hacer el gran erudito. Se desdobló su personalidad".

Si cualquier polígono se inscribe en una circunferencia por muchos lados que tenga, de la misma manera queremos encontrar un marco de inscripción a la polifacética y poliédrica figura de Don Marcelino.

La exigencia de su vocación como contemplador de la belleza, se afirmó cada vez más, pues la erudición y la historia cedieron su paso al estudio teórico de la belleza estética, que derivó finalmente en crítica literaria.

Es que podemos dividir la vida de Don Marcelino en dos etapas: Una meramente "ocasional" de su juventud. Otra en que la brújula de la belleza estética es el norte que orienta su personalidad.

Sin embargo, la etapa meramente ocasional de su juventud quedó tan grabada en su espíritu que no pudo menos de tener brotes en el curso de su vida. Don Marcelino se consagró en el campo de las letras con una melodía impetuosa en pro de España. Esta fué su etapa meramente ocasional. Pero esa melodía impetuosa se va a mitigar para servir de bajo y fondo al concierto de su vida, y aun brotará, como impetuosa corriente subterránea contenida, a la superficie, en forma de solos vigorosos que repetirán machaconamente el tema inicial. Es el caso de un concierto en que se sugiere en la obertura un tema, que luego parece olvidarse, y sin embargo la repetición esporádica del mismo a lo largo del concierto y el cierre final, ya nos hace sospechar que no hubo tal olvido. Después repetimos la audición del concierto y sorprendemos ciertas latentes afinidades entre esas que llamamos y sólo son presuntas digresiones del tema inicial y el mismo tema inicial. Esas presuntas digresiones eran sólo diferentes del tema inicial con la diferencia que existe entre los diversos hijos de una misma madre que guardan entre sí tan misteriosa como indefinible afinidad.

Es en Don Marcelino tal la insistencia por el tema juvenil, que aun su verdadera vocación, es decir, la belleza, la encaminó y trajo al motivo juvenil de sus polémicas, pues así como estas polémicas fueron un alegato brillante del genio de España, así

siguiendo su genuina vocación, no hizo otra cosa que decidirse por un aspecto amplio de ese genio de España que sintonizaba con su juventud: la belleza artística de España.

El orador por escrito.

Unamuno calificó a Don Marcelino de orador por escrito y dijo una gran verdad, pero no dijo toda la verdad. Sólo gran parte de la verdad. Quiero decir que cuando Unamuno formulaba esto, tal vez sólo pensaba en el juvenil autor de los *Heterodoxos* o en parrafazos afines en énfasis... pero Don Marcelino no es siempre así, aunque tiene mucho de eso.

El orador es el hombre interesado en convencer, y hay veces en que el orador se camufla detrás del historiador y del escritor.

Entonces sucede que la veracidad histórica corre el riesgo de establecer una ecuación entre la inteligencia y las cosas, no como son en sí, sino como las representan los prejuicios propios del historiador. Esto sucede sobre todo cuando hay una pasión más o menos latente.

El propio Don Marcelino nos dice en sus discurso: *La historia considerada como obra artística,* que en las historias clásicas hay un elemento pasional que es el alma de la obra y su concepción.

Ahora bien, quien lee los *Heterodoxos* de Don Marcelino insensiblemente va creyendo tener entre sus manos una obra de corte clásico, insensiblemente le da la razón a Unamuno y también insensiblemente le da la razón a aquel autor del 98, que afirmaba que los *Heterodoxos* se le caían de las manos. No hay duda que los *Heterodoxos* dejan la impresión de una historia clásica pragmática.

Vamos al estilo: Su misma sintaxis es sinfónica y se comprende que se le escapó sin dificultad de la pluma como inevitable cascada. Pero notemos en su estilo que difiere de muchos escritores de su siglo en lo siguiente: Entonces la abundancia estilística consistía en decir la misma cosa de diversas maneras,

pero la abundancia de Don Marcelino no está en las formas sino en las ideas. Sin duda nos causará en la actualidad no poca molestia el hipérbaton de su pluma de corte parecido al ciceroniano, pero notemos de paso que eso es más debilidad nuestra que defecto suyo. Nótese que su prosa es un raciocinio intelectual perfecto, plasmado, tal cual, en frases que se con catenan entre sí con la misma ilación lógica del pensamiento.

Entendidos afirman que su misma caligrafía revelaba un temperamento sanguíneo y riqueza imaginativa. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que esas sus frecuentes concepciones sintéticas que se apoderan de él como ideas fijas, ideas temáticas, ejes de su pensamiento; esas sus afirmaciones categóricas de largo alcance; ese tono enfático y ponderativo; esa crítica negativa exagerada; esa impresión de la última lectura; ese entusiasmo por ciertos autores y por ciertas épocas; esa resurrección del pasado, no como un museo a lo Pidal sino como un teatro viviente; esa su misma crítica, más intuitiva que reflexiva, más fotográfica que autópsica, etc., etc., son indicios acumulados que convergen en una razón fundamental, que concuerda plenamente con la del perito calígrafo.

Pero este Don Marcelino nacido para sintético y para gozador de la belleza no tuvo más remedio que contrariarse, por las circunstancias del tiempo en que apareció, en que por no haber monografías previas no se podía trabajar en síntesis. "Ahora es época de recoger materiales y no de levantar edificios". Así no pudo llegar a ser el Macaulay de la literatura española. Sufrió por eso en su personalidad un trauma psicológico incicatrizable, que dió como resultado una simbiosis de sintético y analítico, en que una cosa siempre va en perjuicio de la otra.

Pero la carencia de monografías previas que impidieron el despliegue de su personalidad sintética, es innegable que por cualquier resquicio se asomó incontenible. Y, aun a pesar de sus pruritos científicos metodológicos, es evidente que no da la talla que requieren los historiadores de hoy día. Es que Don Marcelino era uno de esos hombres artistas geniales que gozan de un criterio magnífico sobre muchas cosas, pero que

no son rigurosamente científicos en el sentido metodológico de la palabra. De aquí vino la ironía mordaz de Ortega y Gasset al preguntarse: ¿En dónde hay más ciencia, en un libro de Menéndez Pelayo o de Menéndez Pidal? Es evidente que Ortega se fué por la tangente, pues si todo el mundo reconoce que Don Marcelino no tiene el atuendo científico de su egregio discípulo, también todo el mundo sabe en qué ubre mamó su leche, y que carece, a pesar de su metodología, de esa visión altamente sintética de grandes conjuntos que caracterizan a su maestro, que nunca supo trabajar en equipo. Además que Ortega sepa distinguir tiempos, ya que cuando Don Marcelino escribía, la metodología estaba en pañales al decir de Astrain. Y como también afirma este autor jesuíta, Dios le había negado el talento utilitario en sus obras, pues al fin y al cabo había nacido para genial arquitecto más que para hábil cantero, pero por nacer en mala época no le quedó más remedio que hacerse él picapedrero de la ciencia española. Por eso, sin culpa suya, fué en cierto sentido un desgraciado de la época por ser demasiado para ella. El hombre del Renacimiento, el Macaulay español, tuvo que afincarse en las monografías previas y en el análisis bibliográfico yuxtapuesto. Y por lo mismo que su labor no encajaba plenamente en sus ambiciones internas, la ejecutó a regañadientes, y por eso no es de extrañar que su obra adolezca de cierta prisa, en que Franco Meregalli cree encontrar el límite de su personalidad.

Pero a pesar de su pasión arrebatada por Macaulay y de las dotes oratorias de su estilo, corremos sin embargo también nosotros el peligro de ser injustos con él. Lo mismo que sucede con Cicerón, que su recuerdo se vincula automáticamente y exclusivamente a la catarata oratoria de las catilinarias y demás rotundas filípicas, a Don Marcelino lo ahogamos en las nubes del Epílogo de los Heterodoxos y en la fronda romántica de su estilo. Por eso maldigo de corazón de esas antologías empeñadas en lucir esos parrafazos juveniles, que sólo contribuyen a desmoronar su fama y a asociarse inconscientemente a la acusación de Unamuno, que le tilda de creador de la leyenda

blanca. Ya lo dijimos al principio: Unamuno tiene la razón, pero no toda la razón.

TALENTO MÁS INTUITIVO QUE REFLEXIVO.

Don Marcelino era un resonador artístico, un magnífico diapasón que sólo respondía a la belleza.

Es el genio natural y espontáneo, que, según opinión de algunos, carecía de una cultura sistemática rigurosa, con tal vez escaso hábito de reflexión, que exponía su criterio acostumbradamente acertado de las cosas que contemplaba. No era el teórico seco que aplica a su entendimiento, como a piedra de toque, los hechos artísticos que quiere criticar.

Pero no decimos con eso que fuese ajeno a las preocupaciones teóricas, sino más bien irreflexivo, o mejor dicho, espontáneo en la producción. De hecho, sin principios determinados y firmes sería imposible acertar críticamente. Por eso esa espontaneidad hace que sus defectos se limiten sólo a cierta falta de relación entre los autores criticados y a cierta prisa científica, que olvida el alcance de las afirmaciones por escasez de tiempo para comparar un autor con otro.

Tal vez pueda suceder en Don Marcelino lo que él mismo notaba a propósito de una opinión de Feijoo: Que era imposible hacer la síntesis de un discurso antes de haber hecho el discurso. Como quien dice que las ideas le van brotando en la ejecución de la obra y que no las tiene anteriores a su ejecución. Como quien va documentándose de lo mismo que va escribiendo y a lo mejor, al final de la obra, puede reunir en forma sistemática las conclusiones que ignoraba al principio.

Don Marcelino no iba, por decirlo así, guardando papeletas y luego escribía la obra. Nunca unió Don Marcelino frases anteriormente escritas. Don Marcelino tenía en rasgos generales el diseño de la obra y luego escribía al momento, al contacto cordial y actual con el autor. De ahí esas expresiones candentes nacidas de la "última lectura", calor de que carecen

los escritores de archivo. Cuando Don Marcelino escribía sobre un autor parecía olvidar a los demás en el mundo.

Don Marcelino tuvo que ser sencillo en la trama de sus obras porque no había monografías previas. Como todo estaba por hacer, se sentía ahogado y tuvo que proceder por partes yuxtapuestas en orden cronológico. Libros analizados detrás de otros, éstas son sus obras. Si esto se achaca a falta de hondura filosófica en el pensar o a agobio en el propio caudal de su erudición no sabemos qué responder. Sólo sabemos que Don Marcelino trazaba un detallado temario cronológico-bibliográfico y luego escribía en razón directa de su información. De ahí que se trasluce la improvisación en sus páginas, si no es que esa misma improvisación nos revela cómo hacía sus obras. Este es ni más ni menos el secreto de la urdimbre de su telar.

Por todo esto decíamos que se notaba en Don Marcelino falta de conciencia del alcance de sus afirmaciones o en valorar las ajenas, pero mucha comprensión con equellas personas que las profieren, a quienes ve no como a mecanismos de pensamientos secos y sin vida, sino como a algo vital irreductible a términos lógicos. Es que manifiesta una predilección por lo concreto que tiene entre manos, que le hace prescindir de lo demás. A mí se me parece Don Marcelino a un hábil y forzudo alpinista, que nunca miró atrás para lograr una visión del paisaje que iban ganando sus piernas. Emoción con el trabajo actual. Esto le lleva a creer en esos autores afirmaciones de demasiado alcance, mientras que en otras ocasiones parece identificarse con ellos y su pensamiento. Esto podrá ser origen de defectos, pero no hay duda que ocasionó el que sus libros sean una galería de figuras vivísimas.

CLASICISMO INTELECTUAL.

Es necesario precisar el significado de clasicismo intelectual" en oposición a "romántico" que le atribuímos a Don

Marcelino, como tercera nota determinante de su vocación de contemplador de la belleza.

García Morente desarrolla en su conferencia sobre el Clasicismo de Santo Tomás el sentido, no precisamente literario, de la palabra clásico y viene a decir en resumen que es clásico el hombre en quien se impone lo real y objetivo por encima de lo subjetivo.

Repito que no hablamos de clasicismo literario, aunque existen grandes afinidades.

Tal vez nuestro pensamiento sobre el particular cobre relieve usando el método del claro-oscuro o contraste, poniendo de relieve aquello que no es clásico, es decir, lo que es modernista.

Nos fijaremos en la novela: El novelista antiguo era una especie de cámara fotográfica que admitía los hechos sin discutirlos y analizarlos. En cambio el moderno cree agotada esta forma de arte y huye por sistema del hecho. Sólo quiere y pretende su explicación. Por eso decía Ortega y Gasset que el imperativo de la novela moderna era la autopsia "sentirnos inmersos en su mundo o atmósfera". La novela moderna pretende explicar el mundo y el hombre abstrayéndolos de un conjunto. Pero quiere explicarlo prescindiendo de Dios, es decir, sólo a partir del hombre. Y como la explicación teocéntrica del mundo es la única real y posible, sucede que habrá tantas explicaciones cuantos sujetivos explicadores, tantas filosofías cuantos filósofos.

A una explicación del mundo plenamente sujetiva, corresponde un arte hijo de esta explicación, *plenamente sujetivo*, y se descarta el canon aristotélico de imitación de la naturaleza, que era el canon objetivo. Aquí entramos en el terreno literario que es derivación del filosófico.

Don Marcelino por ser plenamente aristotélico en su teoría artística parte de la realidad material que luego es idealizada por el artista. Además, al explicar al mundo por Dios, se libra de caer en el sujetivismo filosófico. Predomina en él el criterio escolástico de la verdad definida como conformidad del entendimiento con la cosa. Profesa un cristianismo convencido y su

filosofía se aferra a una preocupación por la afirmación metafísica, por el "idealismo realista", "idéntico en sustancia al del genio semidivino de Aristóteles". Y como no es sujetivista, excluye el impresionismo, y siempre se aferra al criterio histórico aprendido en Barcelona: "intérprete y no deformador de la realidad".

Sutilmente analizadas las notas del carácter de ciertos modernos, vgr.: el misticismo de Unamuno, y llevadas estas notas hasta sus últimas consecuencias, podemos hallar una convincente explicación de sus actitudes. Como estamos en la era de la egolatría y el sujetivismo es el canon que hoy priva, podemos comprobar que es un "yo", pasional no controlado, la última causa de sus posiciones ante la vida. Y aquí estriba el peligro de los autores modernos, pues se establece sintonía, entre el autor y el lector y por eso hay tantos lectores. Y ese egoísmo sintonizado es el que produce la emoción que llaman estética y que por no serlo, tampoco la obra puede ser artística.

No queremos negar que el "yo" de Don Marcelino aparezca en sus obras Pero es un "yo" que aparece con la suposición del clasicismo intelectual, con la concepción teocéntrica del mundo y con el criterio aristotélico en la comprensión y en la creación de la belleza.

La filosofía de Menéndez Pelayo.

Conviene ir despacio y con claridad para que aparezcan los pasos fundamentales de su posición filosófica.

Su primera posición filosófica pertenece a la escuela de Cervera. Nótese, como cosa fundamental, que no decimos escocesa, pues la escuela de Cervera y la escocesa son como ramas paralelas de un mismo tronco. Coinciden y se parecen, pero no son idénticas. Nótese además que Don Marcelino se afilió a la escuela escocesa, mejor dicho, a la escuela de Cervera, antes de conocer el entronque de ésta con Vives, conocimiento que vino a consolidarse con su trato ulterior con Laverde. Entonces Vives pasa a ser el centro de su cultura, no sólo por secre-

tas afinidades de temperamento, sino por entroncar plenamente en la escuela de Cervera.

No decimos escocesa sino cervariense por las pruebas que aportaremos.

La escuela de Cervera se opone al racionalismo postcartesiano y en esto se parece a Locke. Se parecen en la nota de oposición al racionalismo. Pero esta oposición antirracionalista es exagerada en dos sentidos: La de extremo racionalismo y la tradicionalista acobardada. Kant y Fichte son los extremistas.

Entre estos extremos aparece la reacción de la escuela escocesa. A esta reacción intermedia se parece la reacción de la escuela de Cervera.

Como se ve, Descartes inicia el racionalismo, contrario al empirismo con sus derivaciones sensistas en Locke y sujetivas y escépticas en Hume. El escepticismo de Hume provoca el racionalismo extremo de Kant y, por otro lado, la reacción de Reid y su escuela escocesa, que luego culmina con Hamilton. Reid se asustó, también como Kant, de las negaciones de Hume, pero Reid cree encontrar el origen de su profundo escepticismo en haberse empeñado en demostrar Hume esas verdades simples y fundamentales, que se intuyen y explican, pero que no pueden demostrarse y que Reid llama verdades de sentido común, debidas a juicios que formulamos impulsados por nuestra misma naturaleza sin ninguna evidencia extrínseca. Así la filosofía se reduce a la psicología haciéndose caso omiso de la ontología o metafísica.

La escuela escocesa coincide también con la escuela de Cervera en la posición ante el problema kantiano, oposición entre empirismo y racionalismo, y que ya había resuelto Aristóteles. La Escuela de Cervera lo resuelve con el análisis completo de la conciencia humana, pero guiada en ello con un instinto intelectual, con que Balmes corrige a la escuela escocesa, cuyo instinto es ciego. El sentido común de la escuela de Cervera es el sentido común del criterio de Balmes, donde se enseña la lógica que comprende al *hombre entero*, para hallar

la verdad. Por eso Don Marcelino no es cómplice de los pecados de Reid ni de su ciego instinto.

Por otra parte tan ajena la escuela de Cervera se encontraba de la Escocesa, que el propio fundador de Cervera, Eixalá, sin haber leído a Hamilton alababa sus tendencias escocesas sin saber que alababa juntamente a su escuela.

Don Marcelino conoce luego a Vives, y merced a una soberana intuición encuentra afinidades innegables entre Hamilton y Vives, que copiaba al gran escocés aun años antes de su existencia.

Poco le faltó a Vives para llegar a conclusiones racionalistas análogas a las kantianas, pero le salvó su teoría de la conciencia, su teoría del juicio natural y espontáneo, su fe inquebrantable en el testimonio inmediato de esa misma conciencia.

Lo importante es atenerse en todo a los testimonios de esa misma conciencia, sin añadir nada que no esté "virtualmente contenido" en ella, ni de "cercenar cosa alguna de lo que él (el testimonio) contenga", "ni de aislar uno cualquiera de sus elementos y considerare como en desacuerdo y hostilidad con los restantes". Por eso, "practiquemos en todo aquel programa tan modesto pero tan sabio, de higiene intelectual que comprendió William Hamilton en tres palabras de inmenso sentido, nunca más dignas de recordarse que en épocas de dura transición como la presente: parsimonia, integridad, armonía". Porque Don Marcelino cree en aquella que él llama profunda sentencia de Leibniz que afirma que los principios generales entran en todos nuestros pensamientos, aunque los poseamos sin saberlo", y por eso, suplica respeto al testimonio de la conciencia para poder llegar a una concepción ontológica del mundo, teocéntrica, convirtiendo los ojos "al ideal eterno, sin cuya luz refleja y dispersa no es inteligible siquiera el mundo de la realidad". Para ello tenemos que practicar y recorrer "el ancho camino del *idealismo realista,* idéntico en sustancia al que recorrió el genio semidivino de Aristóteles, es decir, el sano realismo escolástico y que Don Marcelino cree encontrar plasmado en el armonismo de Fox Morcillo". Don Marcelino ve

a través de la inmensa crisis actual filosófica una tendencia hacia la afirmación metafísica que mientras más se aclara más se parece a la solución lograda por Fox Morcillo: la armonía entre Platón y Aristóteles; porque el Liceo no es para Don Marcelino una contradicción, sino una evolución de la Academia y en rigor es un mismo principio el que Sócrates, Platón y Aristóteles nos muestran en diversos grados de desarrollo.

En la exposición sintética de esta moderna crisis filosófica en la que Don Marcelino va recogiendo síntomas de afirmación metafísica, se fija en la autoridad de Lange, en cuyos labios cobran valor la afirmación de una posibilidad metafísica, por medio de aquella futura "libre síntesis del espíritu", que él presiente e invoca a pesar de ser neokantiano. También insiste Don Marcelino a manera de ejemplo en cómo la misma escuela escocesa ha salvado el abismo de la crítica kantiana, admitiendo una primitiva "unidad sintética de la conciencia" dentro de la cual se encuentran y legitiman, en "nombre de las mismas limitaciones del conocimiento", la afirmación de lo necesario y de lo incondicionado.

Como se ve la tendencia metafísica al sano realismo escolástico es una meta filosófica a lograr, mientras que el respeto a los testimonios de la conciencia es un camino para ello, una actitud pre-filosófica. Es que conviene distinguir marcadamente en Don Marcelino actitudes meramente prefilosóficas de su verdadera filosofía. Así por ejemplo, en lo que se refiere a su método histórico aprendido en Barcelona que es "un sentido histórico y positivo, de pausada indagación y recta disciplina, nada propenso a brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad, tímido pero seguro en sus análisis, respetuoso con todos los datos de la conciencia, atento a los oráculos de la venerable antigüedad sin acercarla ni alejarla de nosotros demasiado". Allí en Barcelona aprendió lo que vale "el testimonio de la conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía". Allí contempló "en ejercicio, un modo de pensar, histórico, relativo y condicionado, que lo llevó no al positivismo, sino a la prudente cautela del

ars nesciendi". Allí encontró en "Lloréns y en Milá aventaja dos intérpretes en la visión de lo concreto, manifestada en las formas tradicionales del arte y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma".

Nótese la insistencia de Don Marcelino en la autoobservación de la conciencia, porque según su opinión no existe nada nuevo en filosofía sino que "todo organismo filosófico es una forma histórica que el contenido de la conciencia va tomando según las condiciones de tiempo y de raza", porque "Platón y Aristóteles son tan eternos como la conciencia humana, pero si los principios de verdad que en ellos hay han de tener alguna eficacia y virtualidad, será preciso que cada pensador los vuelva a pensar y encontrar por sí mismo. Y entonces no serán ya de Platón ni de Aristóteles, sino del nuevo filósofo que los descubra y en sí propio los reconozca."

Si en opinión de Don Marcelino existe una forma histórica que varía según las condiciones de tiempo y raza, se comprende su insistencia en el método histórico. Por eso afirma que "sólo poniendo el pensamiento en relación con las costumbres, el arte, la legislación de los pueblos, el pensamiento filosófico aparecerá como un fruto maduro de la cultura intelectual de un pueblo". Esas son las condiciones de tiempo y de raza que modifican el contenido de la conciencia. Por eso el genio filosófico de un pueblo o de una raza no ha de buscarse sólo en sus filósofos de profesión, sino en el sentido de su arte, en la dirección de su historia, en los símbolos y formas jurídicas, en la sabiduría tradicional de sus proverbios, en el concepto de la vida que se desprende de las espontáneas manifestaciones del alma popular". Esta fué ni más ni menos su ambición respecto de España.

Lo importante para Don Marcelino es la forma filosófica, porque según nos dice: "También en filosofía tiene capital interés la forma, no a la verdad en el sentido de forma literaria, sino entendida como una particular manera de exponer y sacar a luz el contenido de la conciencia". Y según el propio Don Marcelino es "la filosofía cristiana la única que abarca la totalidad de la conciencia". En la prudente y cabal obser-

vación de sus testimonios se encuentra toda la verdad, la misma que en los tiempos de Platón y de Aristóteles: "tan eternos como la conciencia humana". Esta observación de la conciencia no es más que uno de los elementos fundamentales del método histórico que tanto encarece Don Marcelino y que tal vez "los metafísicos puros desdeñarán cuanto quieran, pero que a despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra de toque, en que suelen romperse los más presuntuosos dogmatismos"; "la historia es la filosofía de lo mudable y de lo relativo, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera, como la misma filosofía de lo absoluto y mucho menos expuesta que ella a temerarios apriorismos". Por eso Don Marcelino siempre alardeó en su método histórico, de cierto escepticismo, no como sistema sino como tendencia. Para él la filosofía debía enseñar más bien cierta ignorancia prudente que lanzarse a dogmatismos. Por eso en todos sus estudios y trabajos insistió en que no pretendía inculcar doctrina alguna, sino presentar y exponer lealmente la genealogía de todas ellas". Sin embargo, ese prudente escepticismo le lleva, no a un desprecio de la metafísica, sino a una soberana consideración con la misma, ya que según su opinión "sin metafísica no se piensa ni siquiera para negar la metafísica". Pero a pesar de estas afirmaciones, pesa más en la balanza ese pensar histórico, relativo y condicionado, que en algunas ocasiones llama "vivismo" y que constituye innegablemente el fondo de su espíritu crítico.

Para concluir, conviene dejar bien aclarada la distinción con que comenzamos: La escuela escocesa coincide con la de Cervera, pero no es la misma. Y en cuanto a Vives, es una profecía de Hamilton y de la Escuela escocesa. Oigamos a Don Marcelino: "El mal de la doctrina escocesa está en ser puramente psicológica y lógica, en carecer de metafísica. Por horror a los sistemas germánicos de lo absoluto, negó Hamilton la filosofía de lo incondicionado, sin sospechar que tal negación había de ser un arma terrible, a la vuelta de pocos años en manos de los positivistas, que por boca de Stuart-Mill le han acusado de contradicción flagrante. Pero ni de esta contra-

dicción ni de aquellas negaciones tiene que responder Vives, porque no se detuvo en el psicologismo, sino que coronó el edificio de su sistema con una metafísica con una "prima philosophia".

Pero a pesar de esta decisión de Don Marcelino por la afirmación metafísica, yo cada vez noto más en él cierta tendencia que yo llamaría "la filosofía por la filosofía", o mejor dicho, "la filosofía por su historia", no por su utilidad en lograr una meta. Ya lo dijo él mismo: "El grande interés o la grande excelencia de la filosofía no estriba tanto en la solución cuanto en el trabajo de buscarla y en el generoso ejercicio del entendimiento perseguidor de la verdad". Y esto agradaba a Don Marcelino, porque a "espíritus críticos y curiosos, aunque no escépticos, como no es el mío, aun más que el punto de arranque y el punto de término, nos interesan los amenos vergeles o las hórridas fragosidades del camino. De aquí la importancia de la forma en filosofía... es a saber, la facultad, sino creadora, ordenadora, que encadena en una original disposición las ideas". Es que Don Marcelino era un historiador empedernido.

Historiador y no filósofo es su verdadero apelativo. Pero como todo hombre, según su opinión, estaba obligado a tener una filosofía, él no quiso definirse tomista, porque entonces los tales se caracterizaban por una cerrazón intolerante, y por eso prefirió aferrarse al criticismo vivista, contrario a toda construcción sistemática y amigo de un sano eclecticismo. Esto era lo que él llamaba "philosophia perennis", a ese grande y sereno océano, en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depuradas en el color y calidad de sus aguas". Vives es un filósofo ecléctico que entusiasma a Don Marcelino, porque, según él, "combinó el oro que extrajó de la escolástica decadente con lo más acendrado de otros sistemas", porque "cristianizó" la filosofía renaciente, porque de él procede la filosofía moderna, así en lo bueno como en lo malo, pero lo malo procede ocasionalmente. Cree ver Don Marcelino en Vives a la más elevada personificación de la España científica y al más prodigioso de los "artífices del

Renacimiento", que renovó el método antes que Bacon y Descartes y de quien procede la filosofía escocesa.

El mismo ontopsicologismo de Fox Morcillo procede de Vives en opinión de Don Marcelino, y puesto que el problema platónico-aristotélico es "bajo una determinación particular e histórica, el problema capital de toda metafísica: concordar el mundo de las ideas con el mundo de los fenómenos", me fijaré últimamente y, como broche de este estudio de la filosofía de Don Marcelino, en este aspecto.

La verdad total la cree ver Don Marcelino en la deseada armonía de Platón con Aristóteles "polos eternos del pensamiento". Este era el "*idealismo realista*" por el que suspiraba siempre y que creyó ver en Fox Morcillo, el "filósofo sintético y armonista" que "volviendo la espalda al sincretismo alejandrino busca un modo más alto de concordia" y "da con una fórmula fecunda que lleva en potencia toda una revolución metafísica". Puesto "que el Liceo no es una contradicción sino una evolución de la Academia, y que en rigor es un mismo principio el que Sócrates, Platón y Aristóteles nos muestran en diversos grados de desarrollo. Sócrates, apartando la vista de la exclusiva consideración física dominante en las escuelas jónicas y trayendo la filosofía de los conceptos, la dialéctica de donde forzosamente habría de resultar el idealismo. Platón, objetivando los conceptos y declarando que ellos solos poseen la realidad plena y total, siendo todo lo restante realidad derivada o participada de ellos. Aristóteles, poniendo por principio de realidad y causa esencial de las cosas *un solo concepto, el de forma*, no trascendental ni separado, como la idea platónica, sino inmanente en las cosas".

Muchos años antes, ya le replicaba Don Marcelino al P. Fonseca. "Nadie ha pretendido que la idea platónica, como idea, en su pura y abstracta realidad, y la forma peripatética, como tal forma fugitiva y mudable, sean la misma cosa, sino que la idea (platónica o hegeliana) desciende de su solio, y se concreta, determina y traduce en las cosas creadas, *informando* la materia y abrazándose con ella en lazo amorosísimo, y

siendo lo único *real* en medio de la irrestañable corriente de lo pasajero y mudable".

Es, dicho de otra manera, una exposición de la teoría de los universales, que halló su perfecta y cabal formulación en los escritos del filósofo español P. Suárez, S. J.

Esta es *ni más ni menos* la base de su concepción artística y estética. Por eso nos atrevimos a decir antes que su posición filosófica era idéntica en sustancia al sano realismo escolástico. Eso es lo que él llamaba "idealismo realista, idéntico en sustancia al que recorrió el genio semidivino de Aristóteles."

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE SUS OBRAS.

Nuestra calificación *más general* de su persona es la de polígrafo autodidacto.

Si entendemos, como la entendió Emerson, que la palabra "polígrafo" es sinónimo de *hombre representativo*, a Don Marcelino le cuadra a perfección, pues su figura es como símbolo de la raza española y de su genio. Don Marcelino comprendió la idiosincrasia de su pueblo y sus problemas. Don Marcelino es además figura crucial en el campo de la crítica literaria española, pues es hito de comienzo para una nueva era de la misma.

Antonio Gómez Restrepo, en encantador y lírico discurso a raíz de la muerte de Menéndez y Pelayo, pronunciado ante la Academia Colombiana, hacía resaltar el carácter inconcluso de su obra, pero entresacaba de *L'Espagne Litteraire* unas profundas frases de Boris de Tannenberg, en las que se afirmaba que, a pesar de lo dicho, se desprendía de toda su obra un carácter general: El que una nación no puede romper con la tradición de su pensamiento como no puede romper con su historia. Precisamente fué ésta una de las última afirmaciones que hizo el polígrafo en el Discurso titulado: *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes.* Allí sus palabras adquieren un sentido profético y hoy día las repite el eco de una realidad. Desgarradora impresión debieron causar en su espíritu los

sucesos de la sangrienta semana de Barcelona, presagio de futuros sucesos españoles. Quien había escrito los *Heterodoxos* y había defendido en las polémicas de *La Ciencia Española* la nacionalización de la cultura hispánica y se sentía retirado por una turba de europeizantes renegados del pasado español, estalló en una sentida lamentación de la situación de España, que es un desesperante S. O. S. al buen sentido, a la verdadera tradición de su patria. La alusión al 98 es evidente. Éste fué el canto de cisne del polígrafo español, pues desde entonces se le vió inclinarse paulatinamente hacia el sepulcro.

En cuanto a la calificación moral de Don Marcelino, léase el "Examen Crítico de la Moral naturalista".

Lo que es lástima que de Menéndez Pelayo se tomó la erudicción y no el espíritu. Algo semejante de lo que sucedió con Vives. Claro que últimamente esto ha cambiado.

En cuanto a su actuación en la literatura, es Don Marcelino el padre de la genealogía literaria, el maestro en el análisis literario, el organizador definitivo de la literatura española y el cimentador de su estética.

No intentamos recalcar los aciertos críticos de Menéndez Pelayo en el terreno literario español, pues si Don Marcelino es a la literatura española lo que Santo Tomás fué a la filosofía de su tiempo, no vamos a pecar de infelices al tratar de encerrar en pocas líneas todos sus aciertos críticos. Es cierto que no fué el primero en organizar definitivamente la literatura española, pero sí lo es que le dió el definitivo impulso y casi podemos decir que vamos hasta ahora por el camino desbrozado por su mano. De sobra sabemos sus frecuentes posiciones unilaterales, a las que siempre apelan sus detractores como eternos tópicos de sus impugnaciones; de sobra sabemos la labor de sus precursores. Tampoco Lope creó el Teatro Español, pero le dió tan vigorosa transfusión de sangre que casi anuló la primera.

Nosotros nos referimos a esa crítica literaria prestigiada por él en sus obras, esa crítica "que junta el sentido estético con la curiosidad arqueológica, poniendo a contribución la psicología y la sociología", esa ciencia nueva "que de muchas

participa y con sus despojos se enriquece". Pues bien, a esa transfusión vigorosa a la crítica literaria, que parece se transfiguró bajo el hechizo de su pluma, no nos podemos referir de pasada. Son demasiadas las joyas en el cofre de sus obras. No vamos a repentizar aquí una microscópica antología. Para pulsar el corazón que late con Pereda, de la misma manera que lo hace con otros tantos autores; para poder calibrar la sensibilidad artística que vibra con Heine o la sagaz crítica que pudo y supo carearse en las *Ideas Estéticas* con miles de autores, o develó la literatura medieval española y creó las vivientes semblanzas del Arcipreste o del Canciller Ayala, hace falta una mano de orfebre, lo suficientemente delicada para engarzar esas joyas y exponerlas vistosamente en la vitrina de la humanidad. Para destacar al magistral analista de la *Celestina* y al padre de la génesis literaria, campo en que triunfa sin discusión y sin émulos, sin antecedentes y sin consequentes, hace falta ser tan críticos como el propio Don Marcelino.

En cuanto a la dirección, método e ideología que guardó en su crítica literaria, ya dijo la última palabra el profesor Olguín en su folleto en inglés sobre la teoría del arte, estética y criticismo de Menéndez Pelayo. "El concepto de Don Marcelino sobre el criticismo literario claramente refleja su concepción del hecho estético y del método estético: una ciencia que aúna el acercamiento apreciativo o estético con los métodos científicos o históricos". "El criticismo literario es por tanto un análisis, una descripción, una clasificación y una valorización de trabajo literario". "Don Marcelino parece concebir el acercamiento estético de la crítica como fundado en dos aspectos: Primero, en una clara conciencia del problema estético oculto detrás de cada hecho literario, es decir, una aplicación de la historia de la estética a la historia de la literatura. Segundo, la valorización de una obra de arte, hecha no sólo de acuerdo con el gusto personal del crítico, sino también con los principios universales de la estética". "A pesar del gran entusiasmo de Don Marcelino por este tipo de acercamiento, su verdadera posición crítica no es aquella que exalta la valorización estética a costa o perjuicio de un criticismo histórico

de solidez, sino que mantiene una posición media, exactamente la misma que en su concepción estética: es decir, un término medio entre el acercamiento científico o empírico y el acercamiento valuativo, es decir, una posición que es pura consecuencia lógica de quien definió el producto del artista como un conjunto inseparable de materia y forma, fenómeno y valor". Ni más ni menos que lo que decíamos en la introducción de todo este trabajo; criterios generales y contacto con las obras. De ahí sale todo.

Prescindiremos del positivo adelanto de la crítica literaria a partir de la muerte de Don Marcelino. A este particular se me ocurre la vigorosa aportación de Dámaso Alonso y su estudio del estilo interno.

Como el primer mérito del artista es el de la dificultad vencida, por eso es preferible fijarse más en lo que hizo que en lo que dejó de hacer Don Marcelino. Esto es sobre todo para hacer contraste a la cómoda postura negativa del 98 respecto a nuestro hombre.

Además un hombre que escribió mucho y sobre muchas cosas, y tantos discursos "forzados" y de compromiso, escritos a vuela pluma, es un asombro que sea siempre tan maravilloso. Nadie es capaz de escribir tanto con tanto acierto.

Estos discursos, son como el brillante cortejo de sus obras, y como reflejo sintético de las mismas.

En cuanto a la impresión de informalidad que da Don Marcelino con tantas obras inconclusas baste decir que "obra empezada está medio acabada". Dimidium facti qui coepit habet; pues son empujones de titán a los inmensos sillares de la ciencia, y como dice Bonilla, sus obras inconclusas están retando a cualquier valiente a que se lance a concluirlas si puede.

Aun en sus obras escritas no hay valentía capaz de exprimirles todo su jugo. Tal vez una de las características del genio sea la falta de relieve y el hablar con una suposición inasequible al vulgo. Tienen una altura de visión para nosotros inasequible. Es la diferencia de visión que tienen de una ciudad un peatón y un aviador. El genio tal vez olvida que nosotros

vivimos al nivel de la calle y que tenemos que doblar muchas esquinas para comprender su visión de altura. Por eso el genio siempre requiere comentarios. Pero nuestra irreflexión nos hace preferir con harta frecuencia el comentario a lo comentado. Por eso los ingenios explotadores de los genios son el pan diario de la humanidad. Valga un ejemplo: El discurso maravilloso de la filosofía de la historia de España de García Morente no es otra cosa que un reflexivo comentario al epílogo de los *Heterodoxos* de Don Marcelino. Sin embargo, nuestros ojos miopes prefieren el comentario a lo comentado. Cosa semejante nos ocurre al no caer en la cuenta que Don Marcelino tiene que sacrificar muchas veces el hacer páginas bellas y sabrosas de leer, al análisis ingrato o al documento histórico pesado. Pero nosotros, por instinto psicológico de descanso preferimos un parrafazo de crítica a la labor honrada y previa del análisis literario.

Yo creo que no ando muy lejos de la verdad si afirmo que Don Marcelino es el mejor expositor de ideas ajenas del siglo pasado. Como ya lo dijimos en la introducción, fué un maravilloso reflector, cuya luz casi sólo incidió en proyectar ideas ajenas.

Don Marcelino, entendimiento altamente sintético, por venir en mala época tiene que resignarse a los métodos analíticos de las escuelas alemanas. Y es cosa que llama la atención cómo aquel hombre que idolatraba la literatura renacentista nunca pudo llegar a su estudio, pues se eternizó en el análisis de la edad media con su genio despilfarrador.

A pesar de la alteza de su genio, es notable que la manera de tramar sus obras sea tan extremadamente sencilla. Es más bien trabajo de aparejador que de arquitecto. Parecía ayudarse de diccionarios bibliográficos, siempre a mano en su mesa, y por otro lado con su memoria prodigiosa, para ir estudiando por mero orden cronológico los libros referentes al asunto. Luego los exprimía, los ponía en su época, los comparaba con autores similares en teoría y época. Y tal vez sea demasiado sutil la observación, pero me parece que se revela la improvisación de Menéndez Pelayo al escribir, cuando hace la tran-

sición de un párrafo a otro por mera asociación de ideas y aun por juego de palabras. Como si el engranaje entre los diversos asuntos del temario, que va escribiendo en razón directa de su información, fuera buscado y forzado por el autor.

La bibliomanía es como una columna vertebral de su cuerpo. Nada menos que 50.000 libros es la generación espiritual de quien no tenía hijos carnales, ni sus hermanos tampoco. Nunca conviene estudiar como "cosa aparte" de sus obras ésta que él clasificó como la única obra de que estaba medianamente satisfecho. Los libros fueron su verdadero y eterno "hobby", al que consagró todos sus ahorros y ocios, desde aquellos días en que robaba cabos de vela a su madre para leer por las noches, hasta aquellos paseos en tranvía hacia la playa del Sardinero con varios libros en los bolsillos y que devoraba a razón de 15 minutos por volumen. Don Marcelino quiso hacer de su biblioteca de Santander un verdadero laboratorio de la ciencia española y como santuario de la misma. Sus discípulos bastante lo han tenido en cuenta y su biblioteca es objeto de continuo cariño y esmero y adquiere progresivamente detalles de elegancia y confort.

Don Marcelino como verdadero autodidacto gradual, conoció el difícil arte de limarse a sí mismo. Aun con las grandes figuras hay que tener una mirada compasiva y comprensiva. Hay que mirarlas con cierta generosidad digna de su grandeza. Todo hombre como tal tiene sus defectos. Por eso no conviene restregárselos por la cara. Por eso nada tiene de extraño que en la época polémica de su juventud ardiente, pronunciara palabras o veredictos que luego tuviese que recortar o enfriar. Tampoco nada tiene de extraño que fuese ahondando progresivamente en algunos temas hasta llegarlos a ver distintos en su comprensiva madurez.

Yo creo, y Eugenio d'Ors también lo decía con su acostumbrada agudeza intelectual, que si la falla de Don Marcelino es la digresión nunca es la dispersión. Sabe por dónde va, pero se dilata demasiado en los temas. Es parco en las ideas fundamentales y luego se extiende en los análisis y digresio-

nes. Esa misma rapidez con que tenía que trabajar, le forzaba a sintetizar o a la concepción general, de la que le hacían apartar temporalmente sus extensos análisis.

Para concluir estas consideraciones generales sobre las obras de Don Marcelino, vamos a extractar un juicio maravilloso del P. Astrain, S. J.

Primero: "hombre de bibliotecas más bien que de archivos".

Segundo: "nadie negará a nuestro polígrafo las prendas más relevantes que deben distinguir al historiador... pero algo le faltaba indudablemente para que sus obras pudieran proponerse como dechado completo del género histórico: faltábale la comprensión total del objeto y la distribución metódica y ordenada de las partes. No supo Menéndez Pelayo dar a sus obras históricas la estructura arquitectónica conveniente para que el lector siga sin dificultad el curso de los sucesos".

Tercero: "la misma riqueza de su erudición fué causa tal vez de que se le agravara este defecto". Dice Astrain que esta erudición tremenda tenía que desahogarse forzosamente.

Cuarto: "Dios le negó ciertas cualidades de arte que pudiéramos llamar utilitario". Siempre cuidadoso de la anotación bibliográfica, "es muy defectuosa la anotación documentaria"; "también echamos de menos la oportuna división de la materia, la falta de índices onomásticos".